

José Luis Cantón Paterna

Jaén, Andalucía, España ,1983. Es filólogo y lingüista. Ha impartido clases en la asignatura de Lengua Española y Literatura en IES Estela Ibèrica e IES Rovira-Forns, Barcelona. Actualmente reside en la Ciudad de México donde estudia la Maestría en Letras Mexicanas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado cuentos y poemas en las revistas *Opción ITAM* y *Río Arriba*, así como en la antología *Latidos de la Vida – Libróptica* 2013.

El error evolutivo

Nadie los esperaba. Llegaron poco a poco, un día que ya no recordamos, y se instalaron por todas partes, relegándonos a la oscuridad. Al principio, no nos prestaban atención. Nos movíamos con sigilo y aprendimos a vivir parasitándolos: las sobras de lo que producían nos proveían de lo necesario y resultaban un manjar. Eso en realidad nos hizo decadentes, porque no había que esforzarse por conseguir alimentos, y nos entregamos a una vida fácil a costa de esos nuevos pobladores. Se convirtieron en una plaga: se reproducían sin cesar y se extendían sin pausa por casi cualquier entorno. Eso nos ayudó también a crecer a sus expensas, y nos reproducimos desmesuradamente, sin que nos faltara nunca el sustento necesario no ya para sobrevivir, sino para gozar ampliamente. Ahora nos planteamos que esto fue nuestro error y nuestra condena.

Siguieron aumentando y, poco a poco, acusaron un acusado proceso de evolución, pero pasaron mucho tiempo ignorándonos, a pesar de que llegamos aquí antes que ellos. En realidad, su presencia directa nos producía terror: eran gigantescos y deformes, proferían alaridos ininteligibles y demostraban una actitud muy violenta hacia todo lo que los rodeaba y, lo más sorprendente, incluso entre sí. El pavor que sentíamos ante sus sorpresivas apariciones hizo que decidiéramos ocultarnos en los rincones más oscuros, aquellos que ellos se esforzaban por no ver, y durante mucho tiempo parecieron no tomarnos en cuenta. Empezamos a ocupar masivamente los lugares en los que vivían, y resultó cada vez más fácil sobrevivir a su costa.

Con el paso del tiempo, hubo quien se percató de nuestra presencia: reconozco que a veces nos pudo la osadía, pues llegamos a creer que no les importábamos, que por alguna extraña razón nos toleraban, aunque nunca habíamos logrado comunicarnos. En algunos casos, no obstante, no fue simple atrevimiento, sino un intento de contactar con los otros, con esos que estaban ahí y de los que desafortunadamente habíamos llegado a depender: nuestra raza tampoco está a salvo de la curiosidad. Hubo también quienes incubaron la teoría de que en realidad eran seres sobrenaturales o divinos, cuyo propósito era proveernos de una existencia feliz, y cuando se producía algún incidente, argüían que eran muestras de su enfado por nuestra vida disoluta y poco respetuosa con su presencia.

Aunque con el paso de los años parecieron seguir con su actitud distante, pronto aparecieron entre ellos individuos extraños —cada vez en mayor número— que gritaban espantosamente cuando nos hallaban por sorpresa en sus guaridas. Que se apartaban al vernos compartir el duro suelo en el que habían convertido la tierra. Y comenzaron a atacarnos con tenacidad. Antes sus asesinatos eran esporádicos, y casi nadie quería asumir que esa especie que

parecía benefactora de nuestra raza tuviera motivos para hostigarnos, o deseos sanguinarios de hacerlo. Mas eso acabó paulatinamente: han empezado a envenenarnos con espantosos productos ponzoñosos, o nos masacran aplastándonos con su macizo y desproporcionado cuerpo. Algunos incluso se dedican a apresarnos para someternos a diversos métodos de tortura: nos abren en canal con un arma fría y afilada, que destella bajo una luz blanca, aséptica y molesta; o nos inyectan productos que resultan tóxicos, o nos decapitan y se dedican a observar cómo nuestro cuerpo se contonea durante semanas hasta morir sin remedio.

Una cosa está clara: estos monstruos están decididos a exterminarnos. Nuestro número los supera en gran medida, y por eso no hemos dejado de discutir si, después de tanto tiempo observándolos desde las sombras, ha llegado la hora de masacrarlos. Sin embargo, la decisión no es sencilla: ellos nos han facilitado la existencia, de ellos extraemos el sustento para nuestras cada vez más abundantes crías, ellos han construido y mantienen la mayor parte de los lugares en los que habitamos, con toda comodidad, mientras siguen produciendo alimento para nosotros. Hay quienes dicen que su persecución, por lo demás torpe y poco efectiva, es el precio que tenemos que pagar por nuestra existencia fácil y carente de esfuerzo. Y quizá tengan razón, pero ¿podemos justificar las continuas muertes de seres de nuestra especie a cambio de continuar con una prosperidad general? ¿Quiénes entre nosotros merecen morir por el beneficio común? ¡Nos planteamos tantas y tantas disquisiciones, que nos mantienen por ahora discutiendo la decisión final...! Pero, en el fondo, no hay más que una inquietante pregunta que nos asalta con cada huida, con cada tortura, con cada asesinato: ¿seríamos ya capaces de vivir sin ellos?